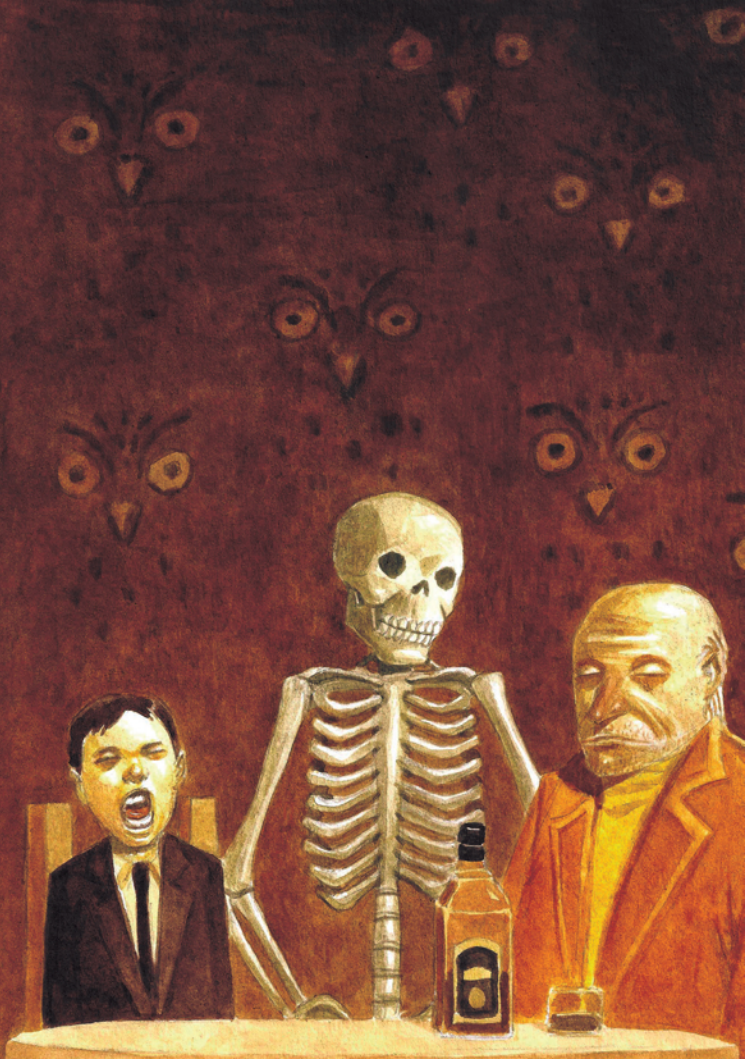








CUENTOS

MIGUEL BRIANTE

• Ilustrado por: PEDRO MANCINI

Briante, Miguel

Cuentos / Miguel Briante ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Pedro Mancini. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 74 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 6)

ISBN 978-987-3772-10-8

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Mancini, Pedro, ilus.

CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



MIGUEL BRIANTE

1944-1995. Nació en General Belgrano, Buenos Aires. Fue escritor, crítico de arte y periodista. A los diecisiete años ganó el Primer Premio del Concurso de Cuentistas Americanos con su relato *Kincón*. Su primer libro de relatos fue *Las hamacas voladoras* (1964), luego *Hombre en la orilla* (1968) y *Ley de juego* (1983). En 1993 publicó una nueva versión de su única novela

Kincón, aparecida por primera vez en 1975. Fue jefe de redacción de *Confirmado*, *El porteño*, jefe de arte en el diario *Página/12* y director del Centro Cultural Recoleta, entre otras actividades. Es junto a Haroldo Conti y Roberto Arlt padrino de la colección **LEER ES FUTURO** por su ejemplo tanto desde su labor literaria como por su compromiso social.



PEDRO MANCINI

ITUZAINGÓ, BUENOS AIRES, 1983. Ilustrador e historietista. En 2006 creó junto a Darío Fantacci y Santiago Fredes el grupo *Niños*, proyecto de autoedición y grupo multidisciplinario, con quienes edita la antología de dibujos e historietas *Ultramundo*. Publica sus ilustraciones e historietas en distintas revistas y fanzines de Argentina y del mundo. Publicó *Paranoia Normal* (2012), antolo-

gía de historietas cortas, *Disparo rayos por los ojos* (2014), su primer libro de dibujos, y *Hermano*, novela gráfica con guión de Darío Fantacci.

En 2013 participó en la muestra colectiva *Souvenirs d'enfance*, realizada en la Fundación Bullukian, en Lyon, Francia. Se puede ver su obra en:

- pedromancini.blogspot.com

CAPÍTULO PRIMERO



A Jorge Cedrón.

No había esperanzas: lo dijo mi abuela, mientras comíamos. Mi tío se limitó a mover la cabeza, en un gesto ambiguo, casi torpe. El efecto de esas palabras iba a resucitar recién al rato, en un sollozo de mi tía. Intentó disimularlo con otro

ruido semejante, que salió de su nariz; hasta usó el pañuelo. Pero fue inútil: yo advertí que luchaba por no llevárselo a los ojos. En ese momento hubiera necesitado saber qué pensaban. En el patio, de pronto, las escenas volvieron, una a una, mientras mi tío, al pasar, me acariciaba. Traté de apartarlas, retrocediendo hasta el lugar donde se amontonaba mi rabia. Sobre todo, me enfurecía que no se animaran a decírmelo, y anduvie-



ran con palabras o gestos raros, como cuando jugaban a las barajas. Tu papá —había dicho la abuela— está muy mal. Pero nada más. Nadie me decía por qué ahora pasaba todo el tiempo con ellos. O por qué a cada rato volvían las escenas: papá que tardaba en llegar; mamá, diciéndome: Vamos a buscar a tu padre. Pero no, no era así. Dijo: Andá a buscar a tu padre. Era la una de la tarde, en verano. Nadie, por la calle. El pueblo, a

esa hora, estaba siempre quieto: seguía así hasta las cuatro. Antes, estaba ese pequeño mundo de la siesta: la payana en el umbral del negocio, los viajes en el carro de Don Juan, o las charlas en el vagón del ferrocarril sobre la vía muerta. Caminé dos cuadras: en el bar, tras la vidriera, vi a papá, tumbado sobre una mesa. Entré. Papá –dije–, vamos. Le toqué el hombro. Más allá de la mesa, no había nadie. El dueño que-



ría cerrar. Llevátelo de una vez, estaba diciendo, con la mirada. Vamos, repetí. Entonces, papá levantó la cabeza. Nunca supe cómo, por qué, pero en los ojos había algo, una especie de señal, o de aviso. Miraban con una intensidad distinta, tan distinta que yo sentí miedo. No —dijo con voz decidida, una voz que nunca usaba al hablarme—, no, dejame, no voy. Y me rechazaba con la mano, con los mismos ojos que volvían a

ocultarse, mientras se derrumbaba sobre la mesa, hundiendo la cara entre las manos.

—Qué tenés —me preguntaron—, nene, qué tenés. Había vuelto a entrar en la cocina: lavaban los platos. Tuve ganas de contarles todo: sentí que enrojecía rápidamente, que estaba a punto de llorar. Salí: caminaba hacia la quinta, mientras recordaba cómo, después de



haber sacudido una vez más a papá, este había repetido que lo dejara, mientras Don Pedro decía, saliendo de atrás del mostrador: Está bien, Vicente, es hora de comer, hacele caso al pibe, andate. Y eso también me había dado rabia: que ese hombre le volviera a decir Vicente andate, y lo agarrara por los hombros, como mamá hacía conmigo, y lo arrastrara hasta la puerta. Rabia, que papá no se parara solo y le dijera que se

iba porque quería, que no necesitaban arrastrarlo. Pero solo murmuraba palabras incomprensibles. Después, papá, se dejó resbalar hasta el suelo, apretando la espalda contra la pared. Y yo sentí un dolor extraño, en algún lugar de mi cuerpo. Pero no el mismo dolor de siempre, no esa especie de vergüenza que soportaba todos los mediodías, cuando lo ayudaba a volver a casa. Lo demás –el pueblo, la gente en la ven-



tana— no existía, se iba borrando hasta quedar nada más que yo, ahí, sobre papá, que era un ovillo desarmado, en el suelo. Tenía miedo y buscaba, sin saber por qué, sus ojos.

Y ahora, para colmo, eso: tres días en casa de la abuela, sin ver a papá. Mamá había venido una sola vez. Además, en la mesa, todos estaban serios: cuando hablaban, era para decir cosas que nunca

entendí del todo. Y me miraban, todo el tiempo me miraban. Después, mi abuela y mi tío me hablaban suavemente, me decían: Mañana vas a ir a casa; me decían: Andá a jugar a la quinta. Pero de papá, nada. Como si no existiera, como si no me acordara de que tres días antes yo estaba repitiendo: Vamos, papá. Y él contestaba: No, Pablo, andá a casa, dejame. Andá con mamá, a casa. Y yo decía: Vos también tenés que venir a casa, la



comida está lista y mamá está esperando. Y lloraba. Como lloraba, también, al volver, solo, y después, cuando veníamos con mamá y lo vimos, de lejos, acercarse tambaleante, apoyándose en las paredes y haciéndonos señas con las manos: un ademán grotesco para señalar que lo esperáramos. Pero seguimos caminando, corriendo cuando lo vimos derrumbarse en mitad del asfalto, al cruzar la primera calle. Tenía sangre en

las manos cuando lo levantamos. Quise decir algo; mamá tenía la misma cara apagada de siempre, solo un temblor en los labios y apenas los ojos un poco más abiertos, un poco más asustados. Pero no hablaba. En el umbral de casa papá había vuelto a caerse. Se quedó ahí: hablando. Al bajar los ojos, encontré los de mamá: sus dos rostros unidos, casi debajo mío, tenían una mueca parecida, casi idéntica. El mismo gesto: volvía a



tener miedo y ese dolor inexplicable, en algún lugar de mi cuerpo. La mirada de papá era la misma que había visto antes, en el bar. Y ahí estaba, otra vez, esa sensación extraña.

Caminaba por la quinta. Tenía ganas de contarle todo eso a alguien, en voz alta. Decirle que mamá me mandó a comer: la mesa estaba detrás del negocio, oculta por un tabique. La comida se ha-

bía enfriado y el ruido de los cubiertos, cada vez más lento, más apagado por mi propia angustia, tenía algo de triste: como a la noche, cuando sonaban las campanas de la iglesia. Lentamente, todo iba achatándose, reduciéndose al silencio. Las cosas habían resuelto inventar una nueva calma. Me sentí flotar, envuelto en una capa transparente que no dejaba pasar ningún ruido, como en los sueños. Y de pronto sucedió eso:



mamá dijo –y su voz fue repentina, como un latigazo solo atenuado por la distancia–: Vicente, por qué tomás. Y enseguida, como si comprendiese que era demasiado dura, agregó en tono dulce otras palabras. Pero ya estaba hecho: papá había estallado y pude adivinar que intentaba pararse. Mientras, gritaba que lo dejara tranquilo y yo sentía, detrás del tabique, cómo ella trataba de calmarlo; imaginaba la lucha que es-

taban entablado en la puerta del negocio, mientras los gritos crecían, los insultos roncos, las voces que no hubiese querido escuchar. Y presionaba sobre mis orejas con los dedos, continuamente, hasta que llegó un ruido más fuerte que los otros. Cuando aparecí, papá estaba en el suelo: en el primer recuadro de la puerta, por sobre su cabeza, había un hueco y sangre, deslizándose por el vidrio astillado. Mamá le sostenía



el brazo: en el brazo, bajando desde el puño apretado, también había sangre. Y él decía que lo perdonara. Ella decía sí, está bien, Vicente, ahora vamos, tenés que dormir. Y él decía eso:

—Perdoname.

Sentado sobre el pasto, veía moverse las cañas, lentamente; aleteaba un viento silencioso en la siesta. De pronto, una calma conocida, anterior, había ido rodeándome. Sentí ganas de llorar

y lo hice silenciosamente, hundiendo la cara entre las manos, esperando que alguien viniera y me encontrara así. Pero no pasó nada: ya no podía esperar explicaciones de nadie. No me vieron cruzar el patio, abrir la puerta de alambre. Cuando pasé frente a una ventana, oí hablar a mi tío. Me quedé quieto, con peligro de que volvieran a encerrarme. Sí, decía, está peor que otras veces. Y volvió a repetir que ya no había espe-



ranzas. Después, las voces se alejaron, hacia el interior de la casa. Seguí caminando: había barro, en la calle; había un rostro de mujer asomado a una ventana del colegio de monjas. Pero, también, estaban ahí las escenas, mostrándome cómo papá volvía a levantarse trabajosamente, mientras lo ayudábamos. Y después, la siesta. Yo trataba de simular que dormía; papá, vestido, estaba tirado en la cama grande. Como

en sueños oí entrar a mamá. Abrí los ojos: ella me miraba, silenciosa y triste, como si quisiera decirme algo. Vino hasta mi cama y cuando abrió la boca comprendí que había ocurrido algo extraño –una especie de trampa–, porque dijo que me vistiera, que me iba a llevar a casa de la abuela.

Ahora volvía. La abuela, mis tíos, todo estaba atrás: faltaba poco y nadie me había detenido. Al llegar a la cuadra



de casa vi el carro de Don Juan, avanzando lerdamente, como si viniera a mi encuentro. Después, un grupo de gente, rodeando algo, frente a casa. En el mismo instante en que empezaba a correr sentí el ruido de un coche que se ponía en marcha. Recordé, de golpe, las palabras de mi tío, los ojos de papá. Seguí corriendo y me metí entre la gente. Un coche blanco, alargado, tal vez el mismo que yo viera muchas veces, frente al

hospital, había llegado a la esquina, doblaba, perdiéndose de vista. Entonces vi a mamá: estaba en medio de la calle, con los brazos apretados al cuerpo. Avanzó hacia mí y me puso la mano en el hombro. Sobre el ruido del motor, que se alejaba, el sonido de la sirena, vertiginoso, comenzó a crecer en la distancia.



DE MÁS LEJOS



A don Enrique Wernicke.

Entre las dos raíces de eucalipto que empezaban a quemarse, así de grandes todavía, en el hueco del medio, abajo, ardió furiosamente un tronco más chico, que hacía un rato habían tirado al fuego. Ardió en llamas altas y se perdió.

—Los troncos arden más que nunca justo antes de gastarse para siempre



—dijo en voz alta Belisario, el que fue maestro de la escuela siete. Se lo miró, como a cada uno que hablaba.

—No sabía que también te llamabas Roldán —le dijo Lombardero, ese flaco altísimo que había sido rubio, y que hace unos años vino a pasar unos días en una quintita que tiene por acá, y ya nunca volvió a pasar del boliche, para el pueblo. Las hijas vienen a verlo, de vez en cuando.

–Lo dice por un poeta que hubo –dijo Arispe, que con los años había aprendido que para tener boliche hay que ser traductor.

Pero ese día estaba el loco Toledo, o algún otro loco –que siempre venimos– y se lo dijo, como sabiendo:

–No veo el chiste –dijeron, uno dijo–; hablar así no es ser poeta, sino decir la verdad –y todo el mundo se quedó callado un rato, como Dios ve-



nía mandando.

Esa vez, no llovía.

–Repita, entonces –dijo Arispe, por fin.

–Que el tronco arde más que nunca justo cuando se está por consumir para siempre –dijo Belisario.

–Antes no dijo consumir, pero valga –terció un tercero, el de los botes, haciendo sonar las botas de goma, una contra otra, con ese chirrido insoporta-

ble que ya conocíamos y a veces hasta nos asustaba. Y después:

–La pucha que se nos ha puesto observador –dijo, sin mucho entusiasmo en la be.

–Todos nos hemos puesto –dijo Arispe, y señaló el fuego–. O serán los años.

Podía tener razón con las palabras, pero con el dedo estuvo más cerca. Eran los años y ese fogón con tiraje afuera, que Arispe había hecho hacer



en el boliche después que le contaron que la boite del pueblo tiene uno. Justo en el rincón de la pared de la ventana y de la pared sin nada, que da para el lado del pueblo. Desde hacía un invierno y algo, desde que se quemaban esos troncos en el fondo, como en casa de ricos, nos íbamos a mirar las llamara-das, y todos nos callábamos más o ha-blábamos más.

A la mayoría se les había dado por

llegar a la tardecita, cuando empezaba el frío y había que prender el fuego. Era un momento raro, entreverado: todos decían que la leña así y las ramitas asá. Pero a la primera luz alta pegando en los ladrillos, había una parte alegre y triste, un tajo en el tiempo que nos hacía callar. Y después de ese tajo, antes de volver a callarse, todos hablaban a la vez. Así que con los días hubo que ordenar las cosas. A veces, cada uno



imaginaba lo que quería y hablaba lo que quería; otras, de entrada nomás, y por votación, se marcaba a qué se parecían los troncos que empezaban a arder y, de hablar, se los hacía dentro de la historia. Otras veces se permitía que la historia fuera cambiando. Que los que habían empezado siendo caballos fueran hombres, de repente. El loco Toledo siempre veía caballos; Arispe, mujeres. Eran los que más dis-

cutían, los que más peleaban. Así que casi siempre, en el fuego, había mujeres y caballos. Pero vaya a saber qué pensaba cada uno, qué cosas callaba cada uno, después. El peón de San Manuel y el puestero, los de las barajas, al costado de todo, se lo pasaban apostando entre ellos: que qué tronco se quemaba antes, que para qué lado se iban a caer.

Era día de Arispe. Los troncos eran,



o habían sido, como mujer y hombre prendidos. Arispe dijo:

–El fuego da lo que ya no sirve para nada –y medio se durmió.

–El humo –iba a decir dos o tres días más tarde, cuando le preguntaran, pero esa vez se durmió.

Hizo ruidos, el fuego, y los dos troncos grandes –esas raíces retorcidas, con brazos para todos lados; esa tormenta de ojos, caras, cuerpos, anima-

les, montañas, campos, amaneceres y atardeceres, que habíamos simplificado en un hombre y una mujer— se juntaron suavemente. El otro tronco, la mujer, se le acomodó. En el pecho, se acomodó.

Por eso no supimos que había entrado el hombre. El fuego nos iba distrayendo del mundo, como decía Arispe. Pero mejor. Ahora que se piensa bien ni era de noche. A veces pasa. Por el rebenque,



el hombre había venido de a caballo. Ni los galopes sentíamos, de tanto ruido a tronco en tren de quemarse, como decía el Francés, cuando venía.

—Sírvase usted —le dijo el de los botes, y siguió mirando el fuego, después de señalar a Arispe, que cabeceaba.

Pero el hombre quería que lo miráramos, qué embromar. Venía de lejos, y quería que lo miráramos. Se acomodó en la mitad de la luz, frente al mostra-

dor, y pegó con el talero en el estaño, entre los vasos. Arispe se despertó. Antes lo hubiera sentado de un sopapo. Ahora le dijo:

–Mejor espere, don.

Y se vino hasta el fuego, acomodó una rama, la vio crepitar, retorcerse, desaparecer entre los troncos grandes, ser ceniza. Quiere decir que oyó el ruido de prenderse, el ruido de irse consumiendo, el ruidito final. Entonces,



recién, se dio vuelta. El otro todavía lo estaba mirando y le dijo:

–Está bien, don Arispe, ya esperé.

Pero Arispe no le preguntó de dónde sabía su nombre. Nosotros tampoco. Arispe le sirvió y el otro no preguntó cómo sabía que tomaba ginebra. Se miraron.

–Me dijeron que acá uno viene y cuenta su historia –dijo el hombre. Tenía una camisa como azul, abierta ade-

lante, y faja negra, de vasco. Pero todavía no le mirábamos la cara. Al rato dijo: –Y que se la escucha, me dijeron.

Arispe le dijo que a veces sí. En la estufa, el caballo del Loco se montaba a la mujer que había sido de Arispe. La mujer iba cediendo, dulce, duramente. El Loco estiró uno de los fierros y acomodó mejor su caballo.

–Ahora el fuego se tiene que reflejar en el fierro y dar color rojizo –dijo el



Loco, para disimular.

–Se refleja –dijo desde el mostrador el que había llegado–. Como mi víbora.

Así que Arispe le dijo:

–¿A ver?

–Que de noche sueño que acá adentro me está creciendo una víbora –dijo el hombre–, y que cada noche se hace más grande y más grande y a mí no me importa y lo único que quiero saber es si cuando de tan grande que sea la ví-

bora yo me muera, lo único que quiero saber es si la víbora vivirá.

Nos miramos.

–Puede vivir o no, quién le dice –
dijo Arispe.

–Además no se refleja –dijo Toledo.

–Por ahora –alcanzó a decir el forastero, al final.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS
SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina